

LA TARÁNTULA.

CRÍTICA.

ARTÍCULO IV.



Al concluir Heramosilla el idilio de Moratin *la Ausencia*, se expresa en estos términos: «si en este género tiene la poesia castellana alguna composicion, no digo mejor, pero si tan buena, quisiera que se me citase. Yo por mi no la conozco. ¡Que ternura! ¡que verdad en los afectos! ¡que lenguaje tan poéticamente campestre, sin la menor bajeza! que estilo tan correcto! que versos tan dulces y sonoros! (Juicio critico pág. 99 y 100 tomo 1.º) Examinemos ahora nosotros si es exacto el juicio de Heramosilla, entresacando algunos pasajes del citado idilio.

1.º

Si alguna vez á mi dolor se presta
Benigno el sueño con amigas alas,
Hijo de la callada húmeda noche....

Este último verso es superfluo para el sentido de la composicion, y perjudica á su interes. No es propio de un ánimo profundamente afligido detenerse á sacar alegorias. ¿A que conduce, porque se ha nombrado al sueño, sacar á plaza su árbol genealógico?

2.º

Y escucho
La conocida voz, las dulces quejas
*Que serenar el ímpetu espantoso
Pueden del mar en tempestad oscura....*

Esto en boca de un marinero seria muy natural; pero en la de un pastor, está muy distante de serlo. Uno de los de Garcilaso dice:

¡Ves el furor del animoso viento
Embravecido en la fragosa sierra,
NÚM. 9.º DOMINGO 22 DE MAYO DE 1842.

Que los antiguos robles ciento á ciento
Y los pinos altisimos atierra,
Y de tanto destrozo aun no contento
Al espantoso mar mueve la guerra?....

Acaso no se hubiera Garcilaso valido del segundo ejemplo, si no le hubiera llevado el deseo de dar á tan hermosa octava toda la rotundidad que necesitaba. Pero, sin insistir en esto, notaremos que la idea del efecto que el viento causa en el mar se halla en segundo término, y como excitada por la del que causa en la sierra.

3.º

Venus *hija del mar*, diosa de Gnido,
Y tú, ciego rapaz, que revolante
Sigues el carro de tu madre hermosa,
La aljaba de marfil pendiente al lado....

¿Quien dirá que este es el lenguaje de un desesperado?

4.º

Falte á mis ojos
La luz pura del sol en noche eterna,
Y del cuerpo mi espíritu desnudo
Fugaz descienda en vana sombra y fria
A la morada de Pluton terrible.

No sube á tanta altura el sonido de la pastoril avena. Este pasaje corresponde á la epopeya por el tono y por la expresion.

Ademas de estas observaciones parciales, vamos á hacer otra general acerca del fondo de verdad que se echa de menos en *la Ausencia*. Entramos concediendo desde luego que en la lirica no son tan estrechas las leyes respecto á los soliloquios, como en la dramática, permitiéndose á los de aquella una extension que en los de esta se condenaria como excesiva. La razon principal de esta diferencia nos parece fundada en que un soliloquio en la lirica se considera mas bien una meditacion, que no un discurso, en que no es tan natural estarse hablando una persona consigo mismo un largo espacio de tiempo. Pero aunque esto es así, debe notarse que ni en la lirica ni en la dramática puede permitirse un soliloquio en que aparezca un estilo narrativo.

Ahora, cuando en *la Ausencia* dice Inarco, hablando consigo mismo:

Por ignorada

Senda me apartó, con errante huella;
 Y atrás volviendo alguna vez los ojos
 A Dios, mi patria, sollozando dije,
 A Dios, praderas verdes, donde oculto
 Entre juncos y débiles cañerlas
 Manzanares humilde se adormece
 Sobre las urnas de oro. A Dios, y acaso
 Para nunca volver. A la espesura
 De incultos bosques y profundo valle
 La planta nuevo aceleradamente.... etc.

Se echa de menos, con especialidad en lo indicado con bastardilla, el lenguaje propio de un hombre que está hablando consigo mismo. Tememos que esta observacion no se haga demasiado perceptible á aquellos que no quieran tomarse la molestia de reflexionar un poco. Sin embargo nosotros juzgamos que es muy exacta y de muy vasta aplicacion. Dígase ahora si D. José Gomez Hermosilla habia nacido para señalar á nuestros jóvenes poetas la senda del acierto, y si los ejemplos que ofrece como modelos de perfeccion serán capaces de dar al que con ellos se nutra, el hábito de componer y juzgar con buen gusto.

D. Juan Tineo, á quien tomó Hermosilla por auxiliar de su Juicio, no habla con menos entusiasmo que aquel, de este idilio. (véase la pág. 18 del tomo 1.º) El lenguaje del señor Tineo es chocante por el esfuerzo pedantesco-retórico que en él resalta, llegando en algunos casos hasta el extremo de la ridiculez. ¿Quién podrá contener la risa al leer: *«gracioso estilo, graciosa amenidad, graciosos versos: todo gracioso, todo alegre y bello. Gran acierto!»* (pág. 7 tomo 1.º). En la misma página se lee: *bello y armónico, y fácil, y expresivo, y afectuoso.... etc. etc. etc.*

Pero prescindiendo de este defecto, de que no hemos debido desentendernos enteramente, lo peor es que su critica vale tan poco ó menos que la de Hermosilla. He aquí como se explica despues de unas cuantas admiraciones, que omitimos en obsequio de la brevedad: *«que primorosos versos! léanse, estúdiense, ténganse en la memoria, porque nadie los ha hecho, ni los hará, mas primorosos en su género.»* Esto dice hablando de la epístola que dirigió Moratin á D. Simon Rodriguez Laso. Tiene aquel autor algunas composiciones donde luce una versificacion esmerada; pero la de la epístola que escoge el señor Tineo para modelo, y que señala como el limite de la perfeccion en cuanto á buenos versos, es cabalmente defectuosísima en esta parte. Véanse los siguientes entresacados entre otros muchos muy malos.

Todos lo son: que de un afecto en otro,....

La prudente

Moderacion es la virtud del sabio.

detesta

Al vicio; aunque del orbe el cetro empuñe....

Palacios, donde la opulencia habita,....

Y martiriza áspera sed de imperio,....

Descansaré, sombra feliz, si algunas....

Es verdad que entre las poesias líricas de Moratin se hallan algunas de mucho mérito por su regularidad clásica; pero nos dejan desear aquella expresion patética que resulta cuando en el poeta se corresponden las vibraciones del cerebro y las del corazón. Carecen tambien de aquellos rasgos inspirados que arrebatan la mente del que lee. Nosotros las comparamos á aquellas mujeres que á pesar de la justa proporecion de sus facciones tienen una fisonomía desmayada, incapaz de apasionarnos.

Pero si Moratin es poco feliz, como él mismo confiesa modestamente en varios lugares de sus obras, en aquel género de poesía que exige un alma de fuego y una sensibilidad exquisita, en aquel que pide un espíritu claro y un humor festivo, es de los mas sobresalientes de nuestro Parnaso. Sin necesidad de recurrir á sus comedias, tan justamente aplaudidas, admiramos en varios de los juguetes que compuso, tantos rasgos cómicos, tantos chistes, y un estilo tan sumamente fácil, que nos parece que en este género será muy difícil, ya que no imposible, igualarle. Sus romances no corresponden á ninguna de las especies en que este género de composiciones se ha clasificado, son satíricos es verdad, pero sobresalen en ellos las formas cómicas de una manera tan notable, que las hacen á nuestro juicio muy diferentes de todas las demas composiciones líricas de este distinguido ingenio.

A M....

Por tí, gallarda morena

Hija de l' Andalucía,

De gracia andaluza llena

Cuya gala y bizzarria

Mil amantes encadena;

Por ti, que apareces bella
Cual la pastoril estrella,
Que su radiante fulgor
Al amanecer destella,
Estoy muriendo de amor.

Es flexible tu cintura,
Suelto y garboso tu pié,
Flor tu boca de dulzura
En cuyo cáliz se ve
De perlas tu dentadura.

Y es negra tu cabellera,
Y negros tus ojos son,
Y es tu mirada hechicera,
En cuyo fuego se ardiera
Mi abrasado corazón.

Si pálida es tu megilla
Cual el astro soberano
Que en la clara noche brilla,
Luce en ella sin mancilla
Puro candor sobrehumano.

Y ese lánguido mirar
Y ese dulce sonreír
Y ese donaire á tu andar,
Que celos ha de esparcir
Por do acostumbres pasar;

Te ostenta á mi fantasía
Cual el arcángel de luz
Que á la celestial María
Consolara en su agonía
Al pié de la santa cruz.

No nacistes en Granada,
La ciudad encantadora
Cuyo recinto atesora
Una Alhambra celebrada,
La prez de la gente mora;

Mas el oculto destino
En su libro decretó

Que ese talle peregrino
Le hubiera de admirar yo
Bajo el cielo granadino.

Y por tí hermosa morena
Hija de l' Andalucía,
De gracia andaluza llena
Cuya gala y bizarría
Amantes mil encadena;

Por tí que apareces bella
Cual la pastoril estrella
Cuyo radiante fulgor
Al amanecer destella,
Estoy muriendo de amor.

Miguel Gonzalez Auriolés.

LA ABADIA DE MAUBUISSON.



es pues que la famosa reformadora del monasterio de Port-Royal, Maria Angélica Arnauld, obtuvo un breve del Papa, una ordenanza del general de la órden, y una carta del Cardenal de Mazarin para restablecer la disciplina en los conventos de la regla de San Benito, lo primero que dispuso fué mandar á su parienta Sor Águeda á la abadía de Maubuisson, cuyos escándalos llamaban ya la atencion general. Gran trabajo en efecto esperaba á la comisionada, en un monasterio que no tenia sino el nombre de tal, porque las religiosas hacia largo tiempo que no observaban ninguna regla, ni conocian mas superiora que su propia voluntad, viviendo en la vida del mundo con la mayor indolencia: los oficios habian sido suprimidos, no se pensaba en Maitines ni en Visperas, las campanas no resonaban sino para señalar algun placer extraordinario, se dormia ó velaba segun cada una tenia ganas, el tratamiento de amiga y de señora habia sustituido al de *hermana*, se entraba y salia á discre-

cion, los mas elegantes caballeros visitaban el monasterio, permanecian en él semanas enteras, y hacian partidas de caza con las religiosas montadas en soberbios caballos: en fin la abadía habia llegado á ser una deliciosa sociedad de jóvenes hermosas, reunidas para el placer.

Júzguese pues qué efecto produciria la llegada imprevista de Sor Águeda: qué sorpresa el verla sienpre con los ojos bajos recitando sus oraciones; y vestida con una tosca saya negra, en vez de los trajes elegantes que todas usaban; y qué indignacion cuando se le oyó hablar de oficios, ayunos, cilicios y mortificaciones: era una revolucion completa, y lo peor de todo, que la rigida hermana contaba con los socorros de la autoridad para llevar á cabo su reforma. Era forzoso resignarse; algunas viejas á quienes sus figuras y sus achaques, no les permitian gozar de los bulliciosos placeres de las jóvenes, vieron con gusto el arreglo que volvía al convento la paz y quietud que ellas necesitaban; pero la desesperacion se apoderó del resto de la comunidad, y en los jardines y salones donde pocos dias antes habian resonado mágicas serenatas y alegres cantares, ya no se oían sino suspiros, lamentos y sollozos. Sor Águeda empezaba ya á gozarse en su triunfo, pero aun no habia luchado todavía con la mas formidable de sus enemigas, con la hermosa abadesa, que se hallaba á la sazou ausente y no sabia lo que pasaba en el monasterio.

Luisa d' Estrées que así se llamaba, hermana de la célebre Gabriela, querida de Enrique el grande, se habia á los treinta y cuatro años de edad fastidiado de la corte, donde tanto ruido hacia su belleza, y retirándose á la abadía de Maubuisson, habia llevado consigo sus cortesanas costumbres, su disipacion y hasta la comitiva elegante y bulliciosa que siempre la habia acompañado. Desde su llegada al convento, los dias se habian pasado en medio de placeres, en partidas de caza, banquetes y juegos; y las noches en bailes, conciertos y cenas, sin que un solo momento se hubiera dedicado á los ejercicios de la órden que parecian ya extraños en aquellos lugares.

Un mes hacia que Sor Águeda gobernaba la comunidad con la mas rigida disciplina, cuando una noche el padre Buenaventura, capuchino de muy negras y rizadas barbas, y capellan del monasterio, se hallaba sentado en la antesala de la portera con su rosario en la mano, aunque en todo pensaba, menos en rezar, segun lo triste que parecia, y los suspiros profundos que exhalaba.

—Hace algun tiempo que andais afligido, padre, le dijo la portera para sacarlo de su distraccion.

—Cómo ha de ser! hermana Felicidad, so pretexto de que hoy es vigilia, me han hecho comer por único alimento en todo el día, un arenque salado y un vaso de agua..... y ya es la cuarta vez en esta semana! me voy á morir de hambre, hermana Felicidad!

—Paciencia, padre! qué se ha de hacer! y la buena portera colocó delante de su capellan una espumosa jícara de chocolate con una docena de exquisitos bizcochos.

—Ah, cómo tendremos que recordar siempre, exclamó el capuchino saboreándose, los succulentos banquetes de la señora Luisa! aquellos ricos pudines, aquellas pastas delicadas, aquellas cremas deliciosas!

—Y yo! creéis que no tengo tambien de qué quejarme! repuso la buena portera, cuando volverán para mi tantos regalos como los de los galantes caballeros y ricas damas á quienes aprovechaban mis servicios..... y ahora mi bolsa se halla tan vacía como la de Job!

—Yo estoy sitiado por hambre! será forzoso desertar de estos lugares.....

—Ah, si pudiera yo decir otro tanto!

Y los dos interlocutores quedaron abismados en sus meditaciones, cuando tres golpes formidables hicieron temblar la puerta del convento, y un confuso ruido de voces y de caballos; resonó por las bóvedas solitarias y silenciosas.

—Qué significa esto! exclamó la portera sobresaltada, hace bastante tiempo que no se oyen semejantes ruidos en la abadía.

—Id á abrir, hermana, contestó prontamente el religioso, abrid, que yo tengo un presentimiento secreto de que es la señora d' Estrées, que vuelve de su viaje.

En efecto, era la abadesa montada en un soberbio caballo, y seguida de una elegante comitiva, en la cual figuraban la bella condesa de Giac, el Vizconde Lafeuillade, el marques de Brisac y el caballero de Courtanvaux, y que en el instante de abrirse la puerta, se precipitaron dando voces y riendo á carcajadas en los claustros, que resonaron bajo las herraduras de los caballos.

La hermana Felicidad, y el padre Buenaventura, se quedaron como dos estatuas, sin atreverse á pronunciar una palabra.

—Felicidad, gritó la abadesa, haced conducir estos caballos á las cuadras, y llamad á los mozos.

—Señora, contestó timidamente la portera, ya no hay mozos, porque los han despedido, y las cuadras han sido tras-

formadas en penitenciarios para las religiosas desobedientes...

—Qué quiere decir esto?

—Y donde tendré yo que ir por haber permitido la entrada á estos señores contra las órdenes de Sor Águeda....

—Y quien es la atrevida que da órdenes en mi abadía de Maubuisson? gritó la superiora encolerizada.

—Señora abadesa, dijo el padre Buenaventura, que por fin se determinó á hablar, es preciso que sepais, antes de pasar adelante, que Sor Águeda de Port-Royal ha convertido nuestro paraíso de Maubuisson, en un verdadero infierno, á pretexto de hacer cumplir rigidamente la regla de San Benito.

—En efecto, repuso la d' Estrées, hace tiempo que se habla de una reforma en la orden.

—Pues bien, señora, los malos dias han llegado ya,..... hace un mes que Sor Águeda reina aquí en vuestro lugar, por un breve del Papa, y ordenanzas del general de la orden y del Cardenal de Mazarin.

—Oh, esto es cosa seria, exclamó el caballero de Courtanvaux.

—En efecto, muy seria! repuso la abadesa, retirémonos á mi habitacion para deliberar sobre lo que se debe hacer.

Y seguida de sus amigos cabizbajos, se dirigió á su celda.

—Figuraos, señor marques, iba diciendo á Brisac el capuchino, que ese diablo de Sor Águeda me ha hecho mantener cuatro dias con arenques salados y agua!

—Vaya, vaya, contestó el marques riéndose á carcajadas, pobre padre Buenaventura, á vos que os gusta tanto el buen vino de España, y el jamon de Wessalia, daros arenques y agua.

—Es un crimen de envenenamiento, exclamó Courtanvaux, todavia mas fuerte.

Despues reunidos todos en el gracioso tocador de Luisa d' Estrées, trataron de resolver lo mas conveniente en tan apurada situacion. Unanimemente se reconoció la imposibilidad de resistir á los documentos que autorizaban á Sor Águeda; y mucho mas, sabiendo por el capellan que era mujer que sabia sostenerse en sus derechos. Por tanto fué convenido que la abadesa se mostrase sumisa con la reformadora, que pidiese un plazo de ocho dias para que descansase la condesa de Giac y los caballeros; y que por medio de ardidese obligase á Sor Águeda á abandonar el puesto, haciéndole creer, si era preciso, que el mismo diablo habia elegido la abadía para teatro de sus maquinaciones.

El proyecto salió bien en su primera parte, pues Sor Águeda

da, convencida de las buenas disposiciones de Luisa, y encantada con la idea de volver al rebaño de Dios un alma tan entregada á las cosas mundanas, consintió en el plazo; pero, ah! en cuanto á lo demas, toda la malicia de las dos cortesanas ayudadas por los tres caballeros, no valió nada contra la perseverancia y resignacion de la hermana Águeda.

En vano era que cuando salia á media noche á hacer su ronda por los claustros, le tirasen descargas de fusiles y pistolas, y quemasen á su paso fuegos artificiales, con signos cabalísticos.

En vano que durante la noche la trasportasen en su lecho de su celda á la capilla, ó lo colgasen del techo, ó le metiesen gatos entre los colchones.

En vano que en lugar de agua bendita le echasen tinta en la pila para que al santiguarse creyese estar ya marcada con el sello de Satanás.

Todo era en vano, no porque Sor Águeda no creyese al diablo muy capaz de todo aquello, sino porque su resignacion era tanta, que se creia favorecida por la providencia, para arrostrar todo género de tentaciones y obstáculos en el cumplimiento de su mision. Y lo peor era que el plazo pasaba, que el padre Buenaventura iba á sucumbir bajo el fatal sistema de arenques y agua, y que todos estaban ya desesperados sin encontrar un medio de salvacion.

—Por mi parte, renuncio á la empresa, exclamó el caballero de Courtanvaux; esa Sor Águeda es mas dura que una roca.

—Como! ya desmayais! contestó Luisa espantada del porvenir que le esperaba.

—Ya lo hemos ensayado todo, repuso Brisac; y en veinte y cuatro horas será forzoso abandonar el convento.

—Con que no hay remedio! dijo la condesa.

—No hay remedio, contestó Lafeuillade.

—Hay uno, dijo Brisac, el último que nos queda.

—Cual! exclamaron todos á la vez.

—Uno solo, pero no me atrevo á proponerlo.

—Decidlo, decidlo.

—Pues bien: estas viejas religiosas tan duras, tan enemigas del mundo, son por lo comun antiguas Magdalenas que vienen á arrepentirse cuando ya no pueden pecar mas, y ocultan bajo el velo de devocion un corazon harto tierno para que se haya hecho indiferente á las sensaciones del amor.—Yo creo que el único medio de vencer á Sor Águeda, seria enamorarla.

—Bien pensado, exclamaron las dos amigas.

—Aunque es verdad, repuso Brisac, que ella tiene cincuenta años.....

—Y que tiene la piel arrugada como ostra vacia, dijo Lafeuillade.

—Y que no tiene en la boca mas dientes, que yo onzas en mi bolsa..... añadió Courtanvaux.

—Ahora falta decir, quien es el valiente que se atreve á tan ardua empresa, por mí cedo la plaza y me retiro, dijo Brisac.

—Y yo, y yo, exclamaron los otros dos.

—Ay de mí! suspiró Luisa, soy perdida!

—Qué idea! repuso Lafeuillade, ya tenemos un campeon, el éxito es seguro.

—Quién! interrumpió la condesa.

—Os olvidais que el caballero de Luneau debe juntarse mañana con nosotros, en este monasterio? De Luneau tiene cincuenta años, es todavia buen mozo; y lo mejor de todo es que no tiene miedo ni hace asco á la mujer mas vieja y horrorosa que se le presente delante: la conquista de Sor Águeda, será un punto de orgullo para él, y no hay duda que nos veremos libres de ese energúmeno antes de cuarenta y ocho horas.

Esta esperanza fué acogida con tanto regocijo por la sociedad, que ya no se volvió á pensar en la hermana reformadora, ni en los temores que hasta allí habian turbado la alegría: una magnífica cena, á la que fué convidado el padre Buenaventura se dispuso en la habitación de la abadesa; y despues de haber desocupado alegremente unas cuantas botellas de exquisitos vinos, concluyeron con bailar una sara-banda, en la que el fraile hacia de mujer con el caballero Courtanvaux.— Pero cual seria la sorpresa de todos, cuando en lo mas divertido del baile se abrió la puerta y apareció la hermana Águeda como un espectro, con los ojos desencajados, y echando espuma de rabia por la boca!

—Oh abominacion! gritó con una voz tétrica y chillona, oh profanacion de la casa del Señor! y para esto hospedábais aqui á esta gente libertina, ¡ qué hipocresia! cuando yo os suponía haciendo oracion! Pues bien, abadesa indigna, yo os condeno á seis meses de penitencia, y á vos indigno capellan, que habeis tomado parte en esta orgía de Baltazar, á vos os condeno á seis meses de ayuno, á pan y agua, reservándome dar cuenta de esto al señor Cardenal, para que castigue tambien á los profanos que vienen á turbar la paz de la casa de Dios.

—La mañana siguiente, entraba en el convento un caballero pequeño de cuerpo, de grande vientre, algo canoso; pero de una fisonomía expresiva y juvenil.

—Luneau, exclamó Laseuillade, saltándole al cuello, vas á darme la mas grande prueba de amistad.

—Y tú á mí un par de onzas, contestó el caballero.

—Te prestaré media docena.....

—Bueno, y con qué condiciones?

—Oye, aqui hay una monja, á quien es preciso hacer caer en tentacion.

—Es jóven?

—Tiene cincuenta años.

—Es fea?

—Horrible!

—Mejor! pero qué os ha hecho?

—Quiere introducir una reforma en el monasterio.

—Diantre!

—Y va á escribir una carta al Cardenal, contra Luisa d' Estrées, y todos nosotros!

—Eso clama venganza!

—Es preciso impedirlo.

—Pero tambien que yo vea mi víctima, y cómo se llama?

—Sor Águeda.

—Sor Águeda?

Sor Águeda de Port-Royal..... pero mírala, allí va justamente.

Luneau examinó un rato á la religiosa, se restregó los ojos como dudando de lo que veía, y despues de un instante de reflexion, exclamó.

—Laseuillade, apuesto veinte y cinco onzas á que antes de una hora, aquella monja hace todo lo que yo quiera!

—Convenido, pero las pruebas.

—Qué es lo que se desea de ella?

—Que abandone el convento y que no escriba al Cardenal.

—Pues no solamente lo abandonará, sino que le dará á la comunidad certificados de una conducta ejemplar y de costumbres angélicas, que le harán creer al Papa y á todos los Cardenales del conclave, que todas las monjas de este convento están en olor de santidad.

—Estás loco!

—Queda hecha la apuesta; y como pierda pagaré con mi caballo y con todo lo que encima tengo.

El Vizconde Laseuillade, se fué á participar á sus amigos lo que pasaba, y Luneau sin titubear un instante, marchó há-

cia la celda de Sor Águeda. Al cabo de media hora, se presentó el caballero en la habitación de Luisa, y entregándole un papel á Lafeuillade, le dijo.

—Dame veinte y cinco onzas, que has perdido!

El Vizconde agarró el papel, y rodeado de todos, que esperaban en la mayor ansiedad, leyó.

« Yo Sor Águeda de Port-Royal; delegada por nuestro reverendo padre general de la orden de San Benito, para restablecer con todo rigor la regla en la abadía de Maubuisson, declaro haber encontrado en todas sus religiosas la obediencia mas completa, y la consagracion mas sumisa á la práctica de la verdadera vida del Señor, Sor Águeda de Port-Royal.»

A las dos horas, la hermana reformadora habia salido del convento, y nadie pudo averiguar de qué sortilegio se habia valido Luneau para aquel prodigio.—

Desde aquel dia la comunidad de Maubuisson, con su abadesa y su capellan, pudo seguir en sus deliciosas costumbres, asegurada por el certificado de Sor Águeda, la cual murió poco tiempo despues dejando en toda la Francia una gran reputacion de santidad.

En cuanto al caballero de Luneau; solo se sabe que á los ochenta años andaba arrastrándose por las iglesias, y pidiéndole á su confesor la absolucion de un pecado que todavía no habia aun expiado lo bastante, y que á la hora de su muerte reconoció por hijo legitimo á un oficial de los Cien-Suizos del rey, cuya madre para purgar su falta se habia consagrado al claustro en la flor de sus años.

EL MARINERO. (*)

Velero bajel mio,
Que con hinchada lona
Cruzas sin zozobrar la mar inquieta:
A ti mi pena fio;

(*) Leida en la sesion de competencia del Liceo artístico y literario de esta ciudad.

Pues tu correr me abona
Por largo tiempo la tendrás secreta:
Al puerto me sujeta
El vendaval furioso
Y la nube sombría,
Que oscureciendo el día
Del corazón aleja mi reposo;
Porque mi pescadora
Quizá me aguarda en su barquilla ahora.

He visto del corsario
Crugir la artillería,
Sin humillarse mi tostada frente:
Yo con el viento vario
En la mar me mecia,
Murmurando cantares sobre el puente,
Mas me muestro impaciente
Con la plácida calma:
Empuño ansioso el remo,
Dudo, padezco, temo,
Y en continuo luchar se afana el alma;
Porque mi pescadora
Quizá me aguarda en su barquilla ahora.

Menosprecio la roca
Bañada por la espuma,
Que un escollo en los mares me presenta.
En mi presunción loca,
Como lecho de pluma
Al piélagó contemplo en la tormenta.
Ni el trueno me amedrenta,
Ni el relámpago vivo,
Que del nublo á la nave
Desciende como un ave:
Lloro porque en mi barco estoy cautivo;
Porque mi pescadora
Quizá me aguarde en su barquilla ahora

Con medio palo roto,
Y la quechemarina,
He corrido por costas y bagios:
Siendo yo su piloto,
Mi salucho camina
Por anchos mares, por estrechos rios.

Cruzando hielos frios,
Corremos hácia el polo
Como barquilla en lago:
Mas si plegarias hago
Por viento amigo, lo ambiciono solo
Porque mi pescadora
Quizá me aguarda en su barquilla ahora.

Hijas de estas riberas,
Con sus ojos azules
Me brindaban la cándida megilla:
Con formas hechiceras,
Por sus gasas y tules
Tulgente el seno ante mis ojos brilla;
Su belleza me humilla
En no lejano día;
Mas hoy yo las desprecio
Y no las tengo en precio
Su lascivo mirar y bizzarria;
Porque mi pescadora
Quizá me aguarda en su barquilla ahora.

Bajel de mi esperanza;
Ya te pongo los foques,
Ya la punta del palo hizo la vela:
La mar está en bonanza:
Sin que las aguas toques
Sigue el impulse de la hinchada tela.
Bajel amigo vuela:
Desprecia correntines,
Y golfos, y canales,
Que quiero los fanales
De mi patria mirar, y sus confines;
Porque mi pescadora
Quizá me aguarda en su barquilla ahora.

(Motril).

J. de Ariza.

Una compañía de la legua ejecutaba á principios de este mes en Sermaize (Francia) la « Margarita de Borgoña. » En la escena en que Buridan se encuentra en el calabozo, y le pregunta

á Margarita que ha hecho de sus dos hijos, la actriz que desempeñaba el papel de esta princesa, se sienta sobre el banco del prisionero, lanza un grito, y con la mayor franqueza da á luz un robusto infante, sétimo heredero de su dinastía. Uno del patio exclama en aquel momento: «*Ya pareció uno.*» Buridan entretanto sostiene á la desfallecida reina. Córrese el telon, y se presenta Orsini á reclamar la indulgencia de los espectadores, y despedirlos cortesmente; los cuales se retiran sonriéndose del efecto de una escena que no estaba anunciada en los carteles.

E. S.

El jóven *D. José Amador de los Rios*, ya ventajosamente conocido en la república de las letras, se ha encargado de continuar la traducción y anotacion de la célebre *historia de nuestra literatura*, escrita en frances por *Sismonde de Sismondi*, que habia empezado *D. J. L. Figueroa*. Recomendamos esta interesante obra á la juventud, persuadidos de que pocas encierran tanta copia de erudicion; y no dudamos de que el público la acogerá como merece. —La suscripcion está abierta en la librería de Sanz.

Sabemos que se dispone en el teatro de esta ciudad, para el beneficio de *D. José Lozano* y *D. M. Cañete*, una funcion amena y variada, de la que harán parte las graciosas comedias nuevas, tituladas — *Seis cabezas en un sombrero: y — Toma y daca, ó que se queje aquel que pierda.*

Hemos sabido que la señora *Ridaura* que se habia hecho cargo de la parte de *Lucia* en la ópera de este nombre, lo ha cedido á la señora *Corina Di-Franco* tanto porque esta lo habia señalado para su primera salida, como por no perjudicar á la empresa por el mal estado de su salud que no le ha permitido trabajar en los ensayos.